Biografía de Óscar Muñoz

Con Óscar nunca se sabe. Él es uno de aquellos artistas impredecibles, atrevidos, que aún cuando a menudo alude a bases, si se quiere tradicionales, del arte como el dibujo o la fotografía, siempre busca la forma de sorprender, de marcar la pauta, a partir de propuestas aparentemente sencillas pero asombrosamente ricas en forma y contenido. Sus piezas artísticas trascienden los cánones clásicos para adquirir tonos vanguardistas, conceptuales y apelar a soportes insólitos e inestables en los que comienzan a aparecer experimentos con espejos, con la respiración, con la luz y el agua; juegos en los que el espectador, además de experimentar goce sensorial y asombro ante un inusitado despilfarro de creatividad, asume un papel activo, interventor, sobre la obra. Como si fuera poco, Muñoz sugiere reflexiones que no pasan desapercibidas frente a la puesta en escena de una serie de dicotomías que hablan de la vida y la muerte, lo dulce y lo amargo, el principio y el fin, lo efímero y lo eterno.

Nació en Popayán en 1951, en el seno de una familia de clase media, pero se radicó desde muy temprano en Cali. Su interés por el arte comienza desde muy temprano a desarrollarse a través del dibujo, el cual se había ido consolidando como su pasatiempo favorito. Posteriormente, cuando era estudiante de bachillerato, sus padres, profundos interesados en el arte, lo matricularon junto con sus hermanas en el Instituto de Bellas Artes de Cali, con el objetivo de que se instruyeran en alguna habilidad artística como complemento a sus estudios académicos: ellas recibieron formación con énfasis musical, en tanto que Óscar se orientó por las artes plásticas.

Para 1971, un año después de terminar su bachillerato, Óscar concluyó también su formación como artista plástico en Bellas Artes. Aquel mismo año presentaría sus primeras obras en las que puso en juego sus dotes de fino dibujante, las cuales se constituyeron en el punto de partida fundamental durante los primeros años de su carrera. Al hacer un recorrido panorámico por su obra resulta posible entender por qué Óscar Muñoz es un artista difícil de predecir y encasillar.

La serie de dibujos

Su primera exposición individual titulada Dibujos Morbosos la realizó en 1971. A través de ella Muñoz presenta una serie de ilustraciones en vinilo sobre madera, fundamentalmente en blanco y negro, en los que representa cuerpos deformados, mitad vestidos y mitad desnudos en primeros planos para atraer la mirada chismosa y mórbida del espectador. Para esta misma época, conservando la misma técnica y temática, Muñoz presenta Ópera en la cual pone en escena personajes cuyas maneras y ajuares dan cuenta de una manifiesta opulencia. Ellos están sentados en un palco cubierto por una tela corrediza que funge como cortina y que tapa sus miembros inferiores. El espectador es conminado por el artista a correr esta cortina para dejar al descubierto las piernas de los personajes insinuantemente entrelazadas. La vergüenza queda en evidencia por medio de miembros desnudos adornados por sugestivos ligueros y encajes, en una provocativa muestra de erotismo.

Esta va a ser la tendencia que definirá la primera etapa artística hasta mediados de la década del setenta que se complementa con obras como Pareja, La hora del té, Club de Bridge, El Brindis y Jóvenes colombianos en la cuales, de acuerdo con Miguel González, se presentan "figuras solemnes, circunstanciales, tremendamente convencionales, en la parte superior de los cuadros, es decir, de la cintura para arriba, se convierten por contraste en situaciones molestas, inquietantes, decididamente burlescas e intencionalmente satíricas, cuando el sexo y su función son disculpas para la deformación y el expresionismo formalista llevado hasta las puertas de la obscenidad" (1).

Esta tendencia de dibujos plantea escenas de una manera u otra conflictivas, que en este caso hablan de la relación de lo público y lo privado, lo socialmente aceptado o reprochable, de la doble moral, que ponen en juego el interés del artista por despertar en los espectadores cuestionamientos acerca de su obra, además de convertirlos en agentes activos e interventores de la misma, en este caso invitándolos a correr cortinas y manteles.

Continúa...

Interiores e Inquilinatos

Posteriormente, en 1976, todavía muy ligado al dibujo, Muñoz comienza a interesarse por el fotorrealismo que lo conduce a encontrar en la arquitectura popular una buena fuente de inspiración a partir de la cual nace Interiores, los cuales alcanzan su punto máximo con los trípticos horizontales compuestos de tres pliegos ensamblados con los cuales participó en la III Bienal Interamericana de Artes Gráficas y en el XXVI Salón de Artistas Nacionales ese año. Esta es una etapa en la que Muñoz trabajó a partir de fotografías, seleccionando de ellas los elementos que más le interesaban, creó atmósferas con las cuales consiguió un realismo más evidente en su obra. Un realismo que se presenta como una de las tendencias artísticas de la década y que caracterizará su trabajo hasta principios de los ochenta.

Como parte de esta misma tendencia realista, con el apoyo de la fotografía y de un especialista en esta área, Fernell Franco, Muñoz toma como base la arquitectura popular como principio inspirador. Con esta orientación presenta en 1978 Inquilinatos, una veintena de cuadros a través de los cuales recrea ambientes tan poéticos como patéticos, enmarcados en la sordidez casi congénita de estos espacios y sus condiciones de malaventura, melancolía y soledad. Este trabajo está relacionado con una situación social concreta. Los inquilinatos se constituyeron en un fenómeno regular y complejo en Cali, a partir de una serie de migraciones de campesinos a la ciudad que dio lugar a un crecimiento desmesurado de la urbe. Con esta pieza Óscar le da a su obra un intenso sentido social y urbano inspirado en la ciudad.

Las cortinas de baño

Pero su arte no se quedó en esta técnica, de alguna manera más cercana a lo convencional, y allí es donde radica mucho de su grandiosidad, de su genialidad, su vocación de artista. Una década después Óscar Muñoz estaba experimentando y proponiendo conceptos diferentes, formas novedosas de hacer y apreciar el arte.

Pero el camino fue espinoso. Inconforme, para finales de la década de los setenta, se produce una época de cuestionamientos y crisis artística, que tomaría tonos de generalidad en el mundo del arte contemporáneo en la década de los ochenta. Se trataba de una búsqueda, una ansiedad por superar lo convencional, por encontrar nuevas dimensiones que sacaran al arte de una dimensión meramente contemplativa por parte del espectador. Fueron años conflictivos, de experimentación, casi ausente de exposiciones. Este período sólo comenzaría a resolverse hacia mediados de los ochenta y su punto de partida la constituyó sus célebres cortinas de baño, las cuales comienzan a mostrarle un mundo de posibilidades que marcaron los nuevos derroteros de su obra.

La preocupación de Muñoz por buscar soportes diferentes y novedosos, da sus primeros resultados en 1986 con el proyecto de las cortinas. Lo que antes habían sido dibujos de superficies húmedas dentro de un baño apoyados en fotografías, se trasladó a soportes reales. Apeló a las cortinas verdaderas que le sugiere al espectador una relación más intensa con el espacio. Sobre las cortinas Óscar dibujó cuerpos humanos en posiciones cotidianas de la ducha, cuyas formas son posibles de percibir a través del vapor, o mejor, de la sensación de vapor de un baño con agua caliente que reproduce Muñoz en dichas cortinas semitraslúcidas.

Ahora bien, la obra va aún más allá. Además de recrear imágenes y sensaciones sobre el plástico, en la parte superior de la cortina puso una regadera que escurría gotas de agua por la cortina alternando el dibujo, de manera que cuando el espectador volvía a la pieza luego de pasear un poco por la galería se encontraba con una obra que había mutado, que de una manera u otra era diferente a la que había visto por primera vez.

Continúa...

Narcisos

Después del proceso reflexivo alrededor de la memoria y el problema para el artista de poder fijar una imagen y concretarla, que pone en juego la fragilidad misma del arte, nace Narcisos. En esta obra que alude al personaje de la mitología griega que enamorado se sí mismo, deslumbrado con su belleza, se extasiaba y pasaba horas viendo el reflejo de su rostro en el agua, la experimentación del artista es mucho más elocuente y radical. En ella "Muñoz hace pasar polvo de carbón a través de un tamiz fotoserigráfico con el 'molde' de su autoretrato, para que éste se pose sobre la superficie de agua contenida en una caja transparente. El polvo de carbón o, mejor, su autorretrato, está flotando sobre el agua estancada. A partir de ahí el artista ya no tiene ningún poder sobre la obra. Ahora serán las condiciones ambientales como el viento y la misma evaporación del agua las que se encargarán de darle un destino final a ese rostro que el espectador ve sobre la superficie. Pueden pasar muchos días antes de que el polvo se evapore totalmente y de que el polvo de carbón finalmente quede estancado en el fondo de la caja transparente". (2).

En este proceso suceden tres momentos sucesivos: cuando el polvo toca el agua convirtiéndose en imagen, los cambios que sufre durante los procesos de evaporación del líquido y, por último, cuando el polvo se adhiere al fondo dando lugar a la imagen final. De acuerdo con el propio Muñoz este proceso alude a un ciclo claro: creación, vida y muerte. Hay en esta obra también cierta vulnerabilidad del artista frente a su obra en tanto que llega un momento en que ésta comienza a consolidarse fuera del control de su creador.

Ambulatorio

Con ambulatorio, Muñoz presenta mucho de aquel espíritu reflexivo sobre la obra y la concepción del espectador como interventor de la misma. Esta pieza consistió en situar un gran mapa aerográfico de Cali fragmentado al aire libre en un espacio de 48 metros cuadrados, dentro de un marco de metal. Sobre el mapa se encontraba un vidrio de seguridad roto, sobre el cual los espectadores caminaban resquebrajándolo más a cada paso, volviendo la imagen cada vez más turbia, más difusa. Esta forma de presentar una pieza artística termina siendo inusitada. Por un lado, no es muy ortodoxo que los espectadores caminen sobre la obra de arte y por el otro, es de considerar que la experiencia sensorial por parte del público frente a la pieza es de diferente orden: se puede ver como se difumina la imagen, se puede escuchar el crujir de los vidrios al caminar sobre ellos y se puede sentir como se resquebrajan cada vez más bajo la suela de los zapatos. El simbolismo sobre la ciudad es también interesante y enriquecedor. Para esta obra Muñoz se inspiró en los pedazos de vidrio como símbolo del desastre: desde los atentados terroristas del narcotráfico que padeció Colombia en los ochenta, hasta un simple accidente de tránsito.

Continúa...

Aliento

Con su obra de 1995, Aliento, Muñoz pone en juego una vez más un experimento que se debate entre lo efímero y lo eterno, entre la memoria y la obsesión de Muñoz por retratar la complejidad del arte por fijar una imagen. Una creación que por demás trae consigo una serie de complejas reflexiones existencialistas y humanas. Esta obra consta de una serie de espejos de acero dispuestos en la pared. Cuando el espectador se acerca y respira sobre ellos. Su aliento revela la imagen de personas que han muerto, de manera que, concluye Muñoz, es "El propio aliento del espectador es el que le da la vida y, literalmente, la muerte a la obra" (3). Este tipo de piezas demanda una acción necesaria del espectador y generan una reflexión ineludible en él, que, de acuerdo con su autor, está encaminada a sugerir cuestionamientos acerca del yo y el otro. Cuando el espectador inhala puede ver su imagen frente al espejo, en tanto que cuando exhala, su imagen desaparece para dar lugar a la efigie de un otro. De igual manera aparece una relación entre la vida y la muerte, relacionados con dos fenómenos propios de la existencia la inhalación y la exhalación; la primera relacionada con Muñoz con el nacimiento y la inspiración inicial y la segunda con la muerte, la exhalación última.

Simulacros y Lacrimarios

Posteriormente, retomando algunos principios de sus obras ya consagradas nacen nuevas piezas. En 1999 crea Simulacros, partiendo de una idea similar a la de Narcisos y con algunos elementos de las Cortinas de baño, Muñoz llena cajas de agua en las que apela una vez más al polvo carbón por medio de un tamiz para crear tres dibujos que son tres partes del cuerpo de la artista: sus manos juntas, su torso desnudo y sus pies. Desde arriba un grifo deja caer una gota de agua cada 50 segundos, alterando constantemente los dibujos.

Por otro lado, en 2000 crea Lacrimarios, que parte también del mismo principio de Narcisos, cajas transparentes de agua, con algunos elementos que sin embargo, lo diferencian de éste. El contenedor se instala en la pared y una vez que el retrato en polvo sobre carbón se posa sobre la superficie, la caja se tapa con un vidrio y se ilumina desde el piso, de manera que el espectador no sólo ve la imagen en las cajas, sino que también el reflejo de las imágenes sobre la pared.

Eclipse

Con muchos elementos novedosos en lo que respecta a su la forma, pero conservando mucho de los conceptos con los que viene trabajando aparece en el 2000, Eclipse. Esta obra consistió en instalar 12 espejos cóncavos en la pared que daba a la calle en el salón donde se expuso, cada uno con un orificio de un centímetro de diámetro, en una galería totalmente a oscuras en la que la única luz que entraba lo hacía por dichos orificios. Esta luz, en palabras de Muñoz, "rebotaba contra el panel que estaba frente a ellos y la imagen sólo se veía parcialmente por el mismo reflejo del espejo, ‘creando una confrontación entre el círculo de luz que contiene la imagen exterior y otro círculo: es espejo, que impide su visión completa" (4). Esta obra despierta en el autor y en el público cuestionamientos sobre lo efímero y lo eterno en el mundo del arte, poniendo una vez más en cuestión la vulnerabilidad de una obra de arte por fijar una imagen como puede hacerlo una fotografía.

Continúa...

Narciso y Biografías

En el año 2002 Muñoz presenta Narciso, una variación de su serie original de Narcisos. En esta ocasión no apela a una caja transparente sino a un lavamanos, en cuyo interior es posible ver el autorretrato en polvo de carbón el cual irá deformándose hasta desaparecer con el desagüe. En este mismo año y con un concepto análogo, nace Biografías, que se constituye en cinco proyecciones de video desde lo alto hacia un sifón en el suelo, de imágenes de personas las cuales van deformándose en círculos atraídas por el desagüe del sifón hasta desaparecer, para luego volver a aparecer nuevamente. Todo ello acompañado del sonido que produce el desagüe y el llenado de un tanque.

...

Píxeles

En esta obra Óscar Muñoz, confrontando una vez la muerte, parte de fotografías de personas anónimas que han sido asesinadas, para dibujar sus retratos con café en paneles hechos a partir de pequeños cubos de azúcar y cuya claridad es desconcertante y notoria cuando se mira a la distancia. Esta es una obra que juega una vez más con los contrastes que tanto llaman la atención de Muñoz: la vida y la muerte, lo dulce y lo amargo, lo anónimo y lo conocido, la memoria y el olvido.

Re/trato

En el 2004, con una propuesta más sobre la desmaterialización del arte y apelando al video, Muñoz presenta Re/trato. Esta muestra presenta una mano que dibuja con agua un rostro sobre una losa caliente por los rayos del sol. El rostro nunca se completa pues el dibujo se va evaporando de a poquitos antes de que lo concluya totalmente, de manera que lo repasa una y otra vez, dejando en el ambiente del espectador cierto aire de volatilidad y frustración. Una vez más el vanguardista de Muñoz apela a soportes poco canónicos para presentar su obra: agua y losa caliente por el sol. Y una vez más se confronta a sí mismo y confronta al auditorio sobre la naturaleza interior y las limitaciones del arte.

El Puente Ortiz

En el 2004 proyectó sobre las aguas del río Cali una serie de fotografías que habían sido tomadas por los antiguos fotógrafos ambulantes del Puente Ortiz a los transeúntes que caminaban desprevenidos por este insigne paso obligado

entre los años 50 al 70. Los fotógrafos entregaban un recibo a los interesados para que después reclamaran la foto en los laboratorios, pero como era de esperarse, muchas de ellas se quedaron en la tienda. A manos de Óscar llegaron muchos de estos negativos los cuales proyectó sobre el río Cali, en el Punte Ortiz, esperando que algún caleño pudiera reconocerse muchos años después, con muchos años de menos en el reflejo sobre las corrientes de la arteria fluvial que atraviesa la ciudad y su historia.

Continúa...

En retrospectiva

Además de las obras aquí mencionadas vale la pena traer a cuenta otros títulos como: Levantamientos, Tiznados (1990), Atlántida e Intervalos (2004). Hoy día su trabajo se compone de dibujos, fotografías, instalaciones y video, muchos de los cuales se presentan en numerosas colecciones públicas y privadas, entre las que se tiene las del Museo de Bellas Artes de Houston, la Colección Daros de Zurich, Suiza, el Museo de Arte Contemporáneo de Los Ángeles y la Tate Modern de Londres.

Óscar Muñoz termina siendo no menos que un artista revolucionario. Su constante cuestionamiento del arte hacia adentro, de su sentido, de sus propósitos, poniendo en escena obras que sugieren reflexiones que contrastan el arte con la vida misma. Su interés por redefinir el concepto clásico del espectador que trascienda la idea del individuo pasivo que va a una galería a observar una obra de arte para deleitarse sensorialmente y sobre el cual prima el principio fundamental que reza que la obra de arte no se toca. En gran parte de la obra de Muñoz el espectador deja de ser simple espectador, para convertirse en protagonista que da vida a la obra.

Óscar Muñoz es un artista con propuestas únicas que no para de trabajar y de crear expresiones nuevas de incuestionable madurez artística,es descrito así por la crítica María A Iovino: "Óscar Muñoz nos sitúa en un mundo donde la definición pierde crédito, la forma consumada se asocia a la quimera y cualquier legibilidad se formula a partir de lo borroso, lo efímero o lo que adquiere sentido intrínseca duración. Paradójicos son los recursos apreciados en esas obras suyas que oscilan entre lo material y lo inmaterial, vidente y visible, o aquellos que evocan la inquietante en el que mira y lo visto se constituyen el uno al otro, se implican mutuamente y no podrían existir como algo aparte, ni proponerse como diferencia radical". (5)

-

Notas:

-

(1). Miguel González. Óscar Muñoz, aporte a la celebración del Festival de Arte de Cali. Cámara de Comercio de Cali. Santiago de Cali, 1987. p.

-

(2) Diego Garzón. Otras voces, Otro Arte. Diez Conversaciones con Artistas Colombianos. Editorial Planeta, Bogotá, 2005. p. 48.

-

(3) Ibíd. p. 59.

-

(4) Ibíd. p. 66.

-

(5) María a Iovino. Volverse Aire. Ediciones Eco, 2003. p. 19.

-

Bibliografía:

-

Iovino María A . Volverse Aire. Ediciones Eco, 2003.

-

Garzón Diego. Otras voces, Otro Arte. Diez Conversaciones con Artistas Colombianos. Editorial Planeta, Bogotá, 2005.

-

González Miguel . Óscar Muñoz, aporte a la celebración del Festival de Arte de Cali. Cámara de Comercio de Cali. Santiago de Cali, 1987.

-

Cantos Cuentos Colombianos. Arte Contemporáneo Colombiano. Daros, Latinoamérica.

-

Enfoque. Galería Al Cuadrado, 2005.

-

Óscar Muñoz, Disolvencias y Fantasmagorías. Guayaquil, Ecuador.